

TERRY
GOODKIND

La ESPADA de la VERDAD

EL IMPERIO DE
LOS VENCIDOS



minotauro

TERRY GOODKIND
La ESPADA de la VERDAD

8

EL IMPERIO DE
LOS VENCIDOS

minotauro

La Espada de la Verdad n.º 08/17 El Imperio de los Vencidos

Naked Empire (Sword of Truth) by Terry Goodkind © 2003 published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, USA.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Gemma Gallart

Diseño de cubierta: Coverkitchen

Revisado por: El Taller del Llibre

Mapa: Terry Goodkind

ISBN: 978-84-450-1657-2

Depósito legal: B. 11.910-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros



S abías que estaban ahí, ¿verdad? —preguntó Kahlan en voz muy baja a la vez que se inclinaba más.

Recortadas en el cielo cada vez más oscuro, apenas se podían vislumbrar las formas de tres criaturas negras alzando el vuelo, iniciando su cacería nocturna. Ése era el motivo de que él se hubiese detenido. Eso era lo que había estado observando mientras los demás aguardaban en inquieto silencio.

—Sí —dijo Richard, e indicó por encima del hombro, sin volverse—. Hay dos más, ahí atrás.

Kahlan escudriñó brevemente el oscuro revoltijo de rocas, pero no vio a ninguna más.

Cogiendo suavemente el pomo de plata con dos dedos, Richard alzó la espada unos centímetros, comprobando que salía con facilidad de la vaina. Un último y fugaz resquicio de luz ambarina jugueteó sobre la esclavina dorada que llevaba mientras dejaba caer de nuevo la espada en la funda. En la creciente penumbra del anochecer, su familiar perfil, alto y poderoso, daba la impresión de ser una aparición hecha de sombras.

Justo entonces, dos de las enormes aves pasaron volando sobre sus cabezas. Una, con las alas totalmente extendidas, soltó un penetrante chillido mientras se inclinaba para planear describiendo una curva cerrada y dar una única vuelta, para examinar a las cinco personas del suelo, antes de batir las poderosas alas y alcanzar a sus camaradas, que se alejaban en su veloz viaje al oeste.

Aquella noche encontrarían alimento en abundancia.

Kahlan imaginó que, mientras las observaba, Richard estaba pensando en el hermanastro que hasta hacía muy poco no había sabido que tenía. Aquel hermano yacía ahora a un buen día de viaje hacia el oeste, en un lugar tan expuesto al ardiente sol que pocas personas se aventura-

ban jamás por allí. Menos aún regresaban. No obstante, el calor sofocante no había sido lo peor.

Más allá de aquellas desoladas tierras bajas, la luz moribunda perfilaba un remoto contorno de montañas, que tenían el aspecto de haber sido carbonizadas por la caldera del inframundo. Tan oscura como aquellas montañas, tan implacable, tan peligrosa, la bandada de cinco aves perseguía la luz que desaparecía.

Jennsen, de pie al otro lado de Richard, observaba atónita.

—¿Por todos los...?

—Criaturas de puntas negras —dijo Richard.

Jennsen reflexionó sobre aquel nombre desconocido.

—A menudo he observado a halcones y cernícalos —indicó por fin—, pero jamás he visto ningún ave de presa que cace de noche, aparte de las lechuzas... y esas no son lechuzas.

Mientras contemplaba las criaturas, Richard recogía inadvertidamente guijarros del desmoronado saliente de roca que tenía al lado, haciéndolos tintinear en el puño entrecerrado.

—Yo tampoco las había visto nunca, hasta que vine aquí abajo. Personas con las que hemos hablado dicen que empezaron a aparecer sólo hace un año o dos, dependiendo de quién cuente la historia. Aunque todo el mundo está de acuerdo en que no las habían visto antes.

—El último par de años... —se extrañó Jennsen en voz alta.

Casi en contra de su voluntad, Kahlan se encontró rememorando los relatos que habían oído, los rumores, las aseveraciones cuchicheadas.

Richard volvió a arrojar los guijarros al duro suelo del sendero.

—Creo que están emparentadas con los halcones.

Jennsen acabó por acucillarse para reconfortar a su cabra color castaño, *Betty*, apretándola contra sus faldas.

—No pueden ser halcones.

Los cabritillos blancos de *Betty*, que por lo general estaban corriendo y brincando, amamantándose o durmiendo, permanecían en aquellos momentos acurrucados en silencio bajo el rechoncho vientre de su madre.

—Son demasiado grandes para ser falcónidos... son más grandes, incluso más grandes que las águilas doradas. Ningún falcónido es tan grande.

Richard apartó finalmente la mirada de las aves y se inclinó para ayudar a consolar a los temblorosos gemelos. Uno de ellos, ansioso por verse reconfortado, alzó los ojos con ansiedad para mirarlo, sacando la pequeña lengua rosada para lamerle antes de decidirse a posar una puzuña diminuta en la palma de su mano. Con el pulgar, Richard acarició la larguirucha pata blanca del cabrito.

Una sonrisa le suavizó las facciones, así como la voz.

—¿Estás diciendo que prefieres no ver lo que acabas de ver?

Jennsen alisó las orejas de *Betty*.

—Supongo que los pelos de punta de mi cogote deben de creer lo que vi.

Richard apoyó el antebrazo sobre la rodilla mientras echaba una ojeada en dirección al sombrío horizonte.

—Esas criaturas tienen cuerpos lustrosos con cabezas redondas y alas largas y puntiagudas, similares a las de todos los falcónidos que he visto. Las colas a menudo se abren en abanico cuando planean, pero aparte de eso son alargadas cuando vuelan.

Jennsen asintió. Para Kahlan, un pájaro sólo era un pájaro. A éstos, no obstante, con listas rojas en los pechos y de color carmesí en la base de las remeras, había acabado por reconocerlos.

—Son veloces, poderosos y agresivos —añadió Richard—. Vi que uno perseguía a un halcón de las praderas y lo agarraba en pleno vuelo con las garras.

Jennsen pareció quedarse sin habla.

Richard había crecido en los extensos bosques de la Tierra Occidental y había llegado a ser guía forestal. Sabía mucho sobre la vida al aire libre y sobre animales. Tal educación le resultaba muy intrigante a Kahlan, que había crecido en un palacio en la Tierra Central. Le encantaba aprender cosas sobre la naturaleza de Richard, le encantaba compartir su entusiasmo por las maravillas del mundo, de la vida. Ni que decir tiene que hacía tiempo que él se había convertido en más que un guía forestal. Parecía haber transcurrido una eternidad desde que ella lo había conocido en aquellos bosques suyos, pero en realidad apenas habían sido algo más de dos años y medio.

En la actualidad se encontraban muy lejos del sencillo hogar de la niñez de Richard o de los espléndidos lugares en los que Kahlan había pasado la infancia. De tener la posibilidad de hacerlo, habrían elegido estar en cualquiera de esos sitios, o simplemente en cualquier otro lugar, cualquiera menos donde se encontraban. Pero al menos estaban juntos.

Después de todo por lo que Richard y ella habían pasado —los peligros, la angustia, la pena de perder a amigos y seres queridos—, Kahlan saboreaba celosamente cada momento con él, incluso aunque fuese en el corazón mismo de territorio enemigo.

Además de acabar de descubrir que él tenía un hermanastro, también habían averiguado que Richard tenía una hermanastra: Jennsen. Por lo que habían deducido desde que la habían conocido el día anterior, también ella había crecido en el bosque y era un placer ver su sencilla y sincera alegría al haber descubierto un pariente cercano con quien tenía

tanto en común. Esta fascinación que sentía por su hermano mayor sólo se veía superada por la atónita curiosidad que Kahlan, y su misteriosa educación en el Palacio de las Confesoras, en la lejana ciudad de Aydin-dril, despertaban en Jennsen.

Jennsen había tenido una madre distinta de la de Richard, pero el mismo tirano brutal, Rahl el Oscuro, los había engendrado a ambos. Jennsen era más joven, tenía apenas algo más de veinte años, los ojos del color del cielo y unos rizos rojos que le caían sobre los hombros. Había heredado algunos de los rasgos cruelmente perfectos de Rahl el Oscuro, pero su herencia materna, desprovista de malicia, los alteraban convirtiéndolos en una cautivadora feminidad. Mientras que la mirada rapaz de Richard daba fe de la paternidad de Rahl, su semblante y porte eran excepcionalmente suyos.

—He visto halcones desgarrar animales pequeños —dijo Jennsen—. No creo que me guste mucho pensar en un halcón tan grande, mucho menos en cinco de ellos juntos.

Su cabra, *Betty*, pareció compartir tal sentimiento.

—Vamos a turnarnos para montar guardia durante la noche —indicó Kahlan, respondiendo al temor no expresado de Jennsen.

Si bien aquél no era precisamente el único motivo, todos se mostraron de acuerdo.

En el pavoroso silencio, agostadoras oleadas de calor se alzaban de las rocas inertes que los rodeaban por todas partes. Había sido un arduo día de viaje para salir del centro del erial que era el valle y cruzar la llanura, pero ninguno de ellos se quejó del brutal ritmo de marcha. No obstante, el atormentador calor había dejado a Kahlan con un terrible dolor de cabeza. Con todo, aunque estaba exhausta, la Madre Confesora sabía que en los últimos días Richard había dormido aún menos que cualquiera de ellos. Podía ver el agotamiento en sus ojos, aunque no lo viera en su zancada.

Kahlan reparó entonces en qué la inquietaba tanto: el silencio. No había gañidos de coyotes, ni aullidos de lobos lejanos, ni el aleteo de murciélagos, ni el rumor de un mapache en busca de comida, ni el suave corretear de un ratón de campo... ni siquiera el zumbido de los insectos. Cuando todas aquellas criaturas estaban en silencio eso significaba un peligro potencial. Aquí, reinaba un silencio sepulcral porque no vivía nada en ese lugar, ni coyotes, ni lobos, ni murciélagos, ni ratones, ni siquiera insectos. Pocas cosas vivas penetraban jamás en esa tierra estéril. Allí, la noche era tan silenciosa como las estrellas.

A pesar del calor, el opresivo silencio hizo que un helado escalofrío recorriera la espalda de Kahlan.

Volvió a mirar con detenimiento en dirección a las criaturas aún visibles, recortadas en el arrebol violeta del cielo occidental. Tampoco ellas permanecerían mucho tiempo en este erial al que no pertenecían.

—Resulta más bien amedrentador tropezarse con una criatura tan amenazadora cuando uno ni siquiera sabía que existía —dijo Jennsen, y se secó con la manga el sudor de la frente—. He oído decir que un ave de presa que describe círculos por encima de uno al inicio de un viaje es una señal de advertencia.

Cara, que hasta entonces había permanecido callada, se inclinó hacia ella.

—Sólo deja que me acerque lo suficiente y les arrancaré las malditas plumas. —Una larga melena rubia, recogida hacia atrás en la tradicional trenza propia de su profesión, enmarcaba la expresión acalorada de Cara—. Veremos hasta qué punto son un presagio entonces.

La mirada iracunda de la mord-sith se tornaba tan sombría como aquellas criaturas negras siempre que las veía. El hecho de estar envuelta de la cabeza a los pies en una capa protectora de tela negra parecida a gasa, como lo estaban todos ellos, excepto Richard, no hacía más que aumentar su intimidante presencia. Al heredar Richard inesperadamente el gobierno, éste se había sentido aún más sorprendido al descubrir que Cara y sus compañeras mord-sith formaban parte del legado.

Richard devolvió el pequeño cabrito blanco a su vigilante madre y se puso en pie, e introdujo los pulgares en su cinturón de cuero. Sus amplias muñequeras de plata con aros entrelazados y símbolos parecieron recoger y reflejar la poca luz que quedaba.

—En una ocasión un halcón describió círculos sobre mí al inicio de un viaje.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Jennsen, con gran ansiedad, como si lo que él dictaminara pudiera decidir de una vez por todas la cuestión.

Richard sonrió de oreja a oreja.

—Acabé casándome con Kahlan.

Cara cruzó los brazos.

—Eso sólo prueba que era una advertencia para la Madre Confesora, no para vos, lord Rahl.

El brazo de Richard rodeó con suavidad la cintura de Kahlan, y ella sonrió mientras se recostaba en su abrazo. Que aquel viaje hubiese acabado por convertirlos en marido y mujer le parecía más increíble que el más loco de sus sueños. Las mujeres como ella —las Confesoras— no osaban soñar con el amor. Gracias a Richard, ella se había atrevido y lo había obtenido.

Kahlan se estremeció al pensar en las ocasiones terribles en que había

temido que él estuviese muerto, o algo peor. Había habido tantos momentos en los que había ansiado estar con él, sentir simplemente su cálido tacto o que se le concediera siquiera la merced de saber que estaba a salvo...

Jennsen echó una mirada a Richard y a Kahlan, encontrándose con que ninguno de ellos tomaba la amonestación de Cara como otra cosa que una cariñosa provocación. Kahlan supuso que para un desconocido, en especial uno procedente de D'Hara, como lo era Jennsen, las burlas de Cara a Richard irían en contra de toda lógica. Los soldados no lanzaban pullas a sus señores, en especial cuando su señor era el lord Rahl, el señor de D'Hara.

Proteger al lord Rahl con sus vidas había sido siempre el deber ciego de las mord-sith.

Pero la falta de respeto de Cara hacia Richard era una celebración de la libertad de ésta, ofrecida en homenaje a aquel que la había concedido.

Por libre elección, las mord-sith habían decidido ser las protectoras más celosas de Richard, y no habían permitido que Richard tuviera ni voz ni voto en el asunto. A menudo prestaban poca atención a sus órdenes, excepto cuando las consideraban de suficiente importancia; de hecho, ellas eran libres de dedicarse a lo que creyesen que era importante, y lo que las mord-sith consideraban importante, por encima de todo, era mantener a Richard a salvo.

Con el paso del tiempo, Cara, el omnipresente guardaespaldas de ambos, se había ido convirtiendo en alguien de la familia. Ahora aquella familia había aumentado de un modo inesperado.

Jennsen, por su parte, se sentía pasmada al verse bien recibida. Por lo que ellos habían averiguado hasta el momento, Jennsen había crecido escondiéndose, temerosa siempre de que el anterior lord Rahl, su padre, acabara por encontrarla y asesinarla como asesinaba a cualquier otro vástago sin el don que encontraba.

Richard hizo una seña a Tom y a Friedrich que estaban atrás, con el carro y los caballos, para indicar que se detendrían a pasar la noche. Tom alzó un brazo para indicar su asentimiento y luego se puso a desenganchar el tiro.

Incapaz de poder ver ya a las criaturas en el oscuro vacío del cielo occidental, Jennsen se volvió hacia Richard.

—Debo entender entonces que sus plumas tienen las puntas negras.

Antes de que Richard tuviera oportunidad de contestar, Cara habló con una voz sedosa que era pura amenaza.

—Parece como si la muerte misma goteara de las puntas de sus alas, como si el Custodio del inframundo hubiese estado usando los perversos cañones de sus plumas para escribir sentencias de muerte.

Cara odiaba ver aquellas aves cerca de Richard o Kahlan. Kahlan compartía el sentimiento.

La mirada de Jennsen abandonó la expresión acalorada de Cara. La muchacha volvió a plantear su sospecha a Richard.

—¿Te están causando... alguna clase de problema?

Kahlan presionó un puño contra el abdomen, para contener el doloroso temor que despertaba la pregunta.

Richard evaluó los ojos preocupados de Jennsen.

—Esas criaturas nos están siguiendo la pista.